

16 PAGINAS. 15 CENTIMOS

# La Caricatura

AÑO II

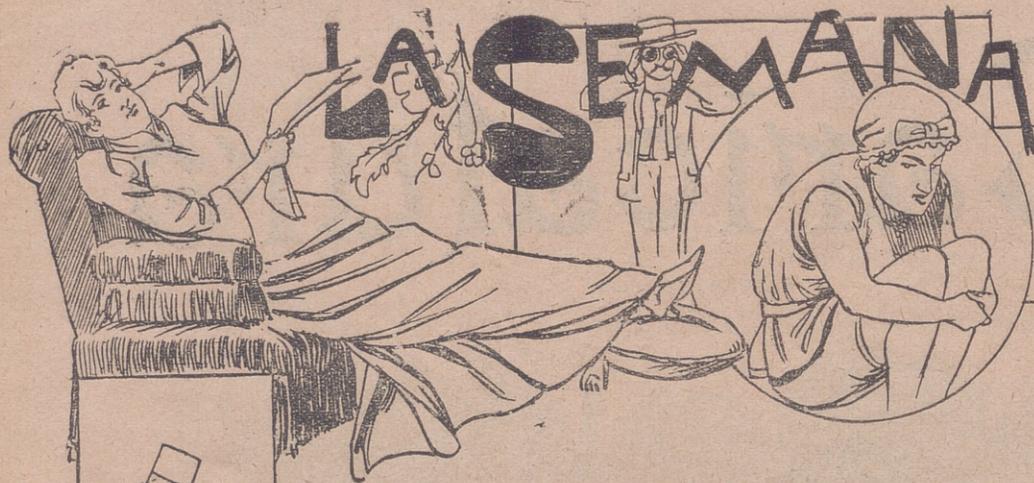
MADRID 5 DE FEBRERO DE 1893.

NÚM. 29.



—¡Malo! El señorito me da un duro todos los dias para que le traiga tabaco y no me pide la vue ta. ¡Malo, muy malo!

YA EMPEZAMOS?



**A** FORTUNADAMENTE ya han cesado los disparos contra el ilustre y nunca bastante llorado D. José Zorrilla, nuestro cantor puro y castizo, español como ninguno y fecundo como pocos.

Le dejan en paz, exceptuando algún imbécil que la toma con la pobre familia, no por ca-

riñoso respeto al poeta, sino por afán de bullir y meterse en todas partes.

La monomanía de la exhibición, que pierde á los tontos.

Porque quien los ve se entera de que lo son.

Pero nunca falta asunto para la voracidad pública.

De cuando en cuando se comete un crimen ó «se declara» (estilo noticieril) algún incendio, siempre «violento», según el citado estilo, aun cuando no se queme más que una sombrerera.

El último crimen ha sido «horrible», según se lee.

Digo, como todos los crímenes, porque hasta hoy no he sabido de crímenes delictuosos y laudables y aun simpáticos para las gentes, y en particular para las víctimas.

Ya ven ustedes ese de Galdós, *La loca de la casa*.

También resulta horrible.

Aquel bárbaro de *Pepet*, capaz de cualquier atentado, aquel matrimonio...

¿Quién no adivina que aquel matrimonio

ha de acabar en el depósito judicial, ó en un presidio, ó en un divorcio?

Aquella chica novicia sustituta ofreciendo sus gracias, sus virtudes, su pureza y su pelo al hombre-fiera, repugna ó repuzna.

¿Recuerdan ustedes una zarzuela en un acto escrita por el malogrado autor gallego D. Ricardo Puente y Brañas, y titulada *El último figurín*?

Pues allí está *Pepet*.

Digo, allí hay otro *Pepet*, tan salvaje ó más que el de don Benito.

De vuelta á la vida europea, encuentra á su esposa primorosamente vestida y peinada con arreglo á la última expresión de los modistos eminentes.

El salvaje se irrita y la persigue para lancearla. Reniega de la moda, y de la cultura, y de su suerte, y canta y se ejercita de fierá á sus solas en la propia casa.

Allí está otro *Pepet*.

Es mi obsesión.

El bárbaro de *El último figurín* canta:

«En Mozambique,  
cambié de trajes  
y fui cacique  
de mil salvajes...»

«Entre hotentotes  
me he acostumbrado  
á los guisotes  
de negro asado.

Y aunque os asombre,  
soy más feliz  
comiendo un hombre  
que una perdiz.»

Aquella mujer desdeñada, para ganarse la voluntad de un bárbaro esposo, también se suelta el cabello, pero se «hace cocas», conforme á los gustos del año 30.

Y viste ridículamente, también con anacronismo.

El hombre fierá compara y ve que está más fea, y le suplica que vuelva á nuestros días.

Es un desenlace tan repentino é injustificado como el de *La loca de la casa*.

Pero más tierno.

Los dos esposos terminan *El último figurín* arrullándose al compás de la música, estilo de zarzuela.

El esposo ex cacique vuelve en sí, aunque con tres bemoles: de pronto, y porque sí, cae de su burro.

*Pepet* no cae de sí mismo, aunque tropieza varias veces.

Pero todos estos dramas son pálidos comparados con el drama de consumos.

El visitador nuevo revistó días pasados á sus fuerzas de tierra.

—Caballeros—digo yo que les diría—es preciso dejar algo para la historia...

(Rumores por lo de «dejar algo»).

—La renta está perdida, levantémosla.

—¡Arriba la renta!

—No hay que omitir medio para conseguirlo.

—Eso — apuntaría alguno — que pague hasta el que no consuma.

Efectivamente: el mismo día bajaba la renta 26.504 pesetas con relación á igual día del año anterior.

\* \*

—A última hora he descubierto un crimen.

Se lo diré á ustedes en secreto.

En Fornos.

Conservo la declaración de la casa.

¿Cabeza de jabalí al *Aspid*?

¿Eh?

¿De quién sería esa cabeza?

¿Quién el *Aspid*?

¡Qué platos tan dificultosos!

Eduardo de Palacio.



## DEL TEATRO POR HORAS

—¿Ha visto usted qué público? Apenas me ha aplaudido. ¡Estoy despechada!  
 —Despechada, despechada... ¡pues no se conoce!

## ¿MANGUITOS?

Si el prior se va al baile,  
 ¿qué harán los frailes?



No recuerdo cuándo, ni sé con exactitud dónde, pero he leído hace muy poco tiempo, y me figuro que en *La Ilustración Española y Americana*, un cuento peregrino, titulado, si no me es infiel la memoria, *Un caso raro*, y que llevaba al pie la respetable y respetada firma del célebre

autor de las *Cartas transcendentales*, don José de Castro y Serrano, literato excelente, eximio escritor, prosista egregio, y á pesar de todo esto, académico de la Española, aunque muy reciente. Decir que el reclamo de firma tan estimada me obligó á leer el trabajo, no es preciso; ni una sola vez, por solicitada que haya estado mi atención, he dejado de saborear con deleite cuanto procedente de tan castiza pluma ha llegado á mis manos.

Debí, pues, al elegante  *cuentista* (y consiente que uso este vocablo en la acepción, no autorizada por la Academia, de autor de cuentos) un rato de solaz, que abonaré en cuenta de agradecimiento en la de otros

muchos de la misma índole que al señor Castro y Serrano debo.

No hablaré del cuento, ¿para qué? Sabido cuyo es, se sabe que era bueno... y me quedo corto.

Pero sí he de manifestar—por si hay algún alma caritativa que me saque de dudas—que topé en él con una frase, acerca de la cual no sé qué pensar todavía.

Hay en el cuento del Sr. Castro y Serrano (*Historia vulgar*, lo denomina él, y por cierto que podrá ser historia, pero lo que es de vulgar no tiene nada), hay en este cuento, repito, y representa en él papel muy importante un señor ministro de Hacienda, del que dice el autor *era lo que*

podríamos llamar un ministro moderno, y acerca del cual, como para dar más vigor al retrato, agrega:

«Era, en fin, un consejero de la Corona que no había usado nunca manguitos.»

Lo que el Sr. Castro y Serrano se propone dar á entender, está perfectamente claro; el ministro moderno queda bien retratado con esa última pincelada de maestro; pero vamos á cuentas: ¿está propiamente empleada en este caso la palabra *manguito*?

Preguntémoslo al *Diccionario* de la Academia, cuya autoridad no es recusable por el académico Sr. Castro y Serrano, y el *Diccionario* nos contestará: «MANGUITO. m. Especie de manga abierta por ambos extremos, y comúnmente de piel y algo donada, de que se usa en el invierno para traer abrigadas las manos, metiendo cada una por su lado. || Media manga de punto de que usan las mujeres ajustada desde el codo á la muñeca. || Bizcocho grande en figura de rosca.»

No diré, ¿cómo había yo de atreverme á eso? que sean las copiadas modelos de definiciones; pero al fin, buenas ó malas (malas decididamente), esas son las que da el *Diccionario* de la voz *manguito*, y ninguna de ellas es aplicable á las prendas que el Sr. Castro y Serrano quería nombrar.

La Academia llama á estas *mangotes*, como puede verse en las líneas que siguen: «MANGOTE m. fam. Manga ancha y larga. || Cada una de las mangas postizas de tela negra que usan durante el trabajo algunos oficinistas para que no se man-

chen ó deterioren con el roce las de la ropa que llevan puesta.»

De modo que á esas *mangas postizas*, nombradas por el Sr. Castro y Serrano *manguitos*, las denomina *mangotes* la Academia.

Declaro con sinceridad que yo también las he llamado siempre *manguitos*; declaro también que por *manguitos* las he oído designadas constantemente en oficinas públicas y en casas particulares; pero sea como fuere, el *Diccionario* es el *Diccionario*, y la autoridad es la autoridad, y la

autoridad y el *Diccionario* dicen *mangotes*, y á los *mangotes* hay que atenerse.

No he de ocultar que la Academia, como quien se resigna á entrar en transacciones con el vulgo, tolera, concede el empleo de la voz *manguito* como equivalente á *mangote*; pero esa *concesión*, debida á la excesiva condescendencia, no pasa de ser eso, una tolerancia, muy parecida á la que gastan los gobiernos españoles con todo culto que no sea el católico, apostólico, romano. Por lo cual, aunque á mí, por ejemplo, y á cualquier otro escritorzuelo ignorado como yo, se nos conceda por mi sericordia un tanto desdeñosa, decir *manguito* y no *mangote*, un académico está obligado á escribir *mangote* y no *manguito*.

Y esta es justamente mi duda: para mí Castro y Serrano es autoridad digna de acatamiento en materia de lenguaje... pues bien, esa autoridad, como parte integrante de la colectividad Academia, preceptúa:

«Dirás *mangote*.»

y esa autoridad misma, como individualidad aislada, me enseña:

«Dirás *manguito*.»

¿Qué debo hacer? ¿A qué me atengo? ¿A qué autoridad obedezco?

Todo me impulsa á presumir que obraré prudentemente diciendo lo que me acomode, porque si el prior se va al baile...

Y ahí tienen ustedes los tristísimos frutos del mal ejemplo.

A. Sánchez Pérez.

### UN QUIEBRO



—¿A qué no la das un beso como yo?  
—¡A que sí!



—A la una... á las dos...



—¡A las tres!...

DIME QUÉ SOMBRERO LLEVAS TE DIRÉ QUIÉN ERES



Del Imbecilis club.



Senador del reino y capitalista.



Aspirante eterno, pretendiente incansable.



Sportman, terror de bailarinas.



De la calle de Ceviya.



El que viste; terror de costureras.



De la santa catedral de Astorga.



Frestamista y terror de inquilinos.



De la calle de la Cierpe.



Parroquiano constante de la enfermería.



Inevitable en todo paisaje medianamente nevado.



El amigo de los niños... de Ecija.

## Los serviciales.



Es muy cierto que el mundo está mal; pero no tan mal como le pintan algunos. Aun cuando se ve reinar el egoísmo y las miras interesadas, quedan todavía seres filantrópicos, caritativos y humanitarios, que se encuentran siempre, pegue ó no pegue, al servicio de sus semejantes.

Y si no, observénlo ustedes. Cuando dos individuos riñen en la calle, y se propinan en el calor de la discusión patás, bofetás, y demás argumentos irrefutables, siempre hay algún caballero de buenos sentimientos que toma sobre sus hombros la pesada carga de poner paz entre los combatientes; y es de ver cómo entonces, éstos, con incomprendible conformidad de pareceres, unen sus fuerzas para golpear al pacificador. El cual no escarmenta por ello; antes, por el contrario, reanuda con mayores ánimos su ingrata tarea de ponerse al servicio de los que le necesitan... y de los que no le necesitan.

Para el hombre servicial, no hay un solo momento de descanso en el trabajo que se ha impuesto. Si va por la calle, se multiplica para mirar á todas partes, advertir las faltas que note en cualquier cosa, y hasta corregirlas, si es posible. Por ejemplo: ve que en una tienda el mechero del gas produce una llama mayor de lo que debiera, y enseguida entra en el establecimiento á decir á los dependientes:

—Les advierto á ustedes que el gas está poniendo perdido el humero. Bajen ustedes la llave, ó si quieren, la bajaré yo mismo.

—Muchas gracias—le responden.

—¿Necesitan ustedes que limpie yo mismo la parte ahumada.

—No, no se moleste usted.

—Es que á mí no me cuesta trabajo.

Y satisfecho por haber cumplido con lo que él cree una obligación, sale á la calle; pero apenas ha andado cuatro pasos, cuando se tiene que acercar á un desconocido.

—Caballero—le dice con aire misterioso—lleva usted desatada la cinta de los calzoncillos. Yo mismo se la puedo atar.

Y si se lo permiten, así lo hace.

Sigue andando, y observa que de un tejado sale humo. Inmediatamente entra en la casa y se pone al habla con la portera.

—Me parece que de una chimenea sale mucho humo. Pregunté usted en los cuartos, á ver si hay fuego.

—No se asuste usted. Es el vecino del sotabanco, que fuma en pipa.

—¿Que fuma en pipa el sotabanco?

—No, hombre, no; el vecino.

—De todos modos, yo creo que debe us-

Ven conmigo, te llevaré á la casa de Socorro.

—Yo no quiero ir á casa de nadie—grita el muchacho.—O me deja usted ó llamo á la pareja.

—Pero, hijo, no seas tontín; si no te voy á hacer nada.

Y este es el momento en que el chiquillo, poniéndose á respetable distancia de su interlocutor, grita con todas sus fuerzas:

—¡Que no me da la gana ir con usted! ¡Morrall! ¡Silbante! ¡Don Tirillas!

Y ameniza sus apóstrofes arrojando al caballero, barro ó piedras, ó lo que encuentra más á mano.

Con estos ó parecidos accidentes, la vida de los serviciales es una continua serie de sacrificios en favor de la humanidad, sin que ella los comprenda ni agradezca. Alguno de estos señores ha llegado al extremo de ponerse debajo del viaducto en el momento de ver á un individuo encaramado sobre la barandilla, y gritar, abriendo los brazos:

—¡Tírese usted un poco hacia la derecha para que le pueda recoger con el brazo que tengo más fuerte!

A pesar de lo cual, el suicida no hizo caso y le magulló, sin consideración á sus buenos deseos.

Esto es en la calle, que en su casa y en la oficina, es donde las virtudes de los serviciales brillan con mayor esplendor.

—Tadea—suelen decir á la criada—si estás lavando no te ocupes de más; yo espumare el puchero.

O bien:

—No te esfuerces para hacer las camas; yo te puedo llevar los colchones.

Otras veces le dicen á un compañero de trabajo.

—¡Qué es eso, Tenderete! ¿Tiene usted que copiar ciento veinte folios y no me ha dicho usted que le ayude? A ver, vengán esos papeles y partiremos la labor.

—Bueno—contesta el interpelado—vaya usted copiando esos ciento diecinueve mientras yo hago los demás.

En los serviciales no hacen mella los desengaños; y aunque por todas partes se ven rodeados de ingratitudes, ellos, firmes en su propósito, están decididos á morir, cuando al vecino la saquen la chupa larga.

Carlos Ossorio y Gallardo.



—Por lo que más quiera en el mundo, dígame una palabra de consuelo!

—Vaya usted esta noche al teatro: la ponemos en escena.

ted enterarse, no vaya á ocurrir alguna desgracia.

—¿Me quiere usted dejar en paz?—acaba por responder la portera con malos modos.

—Bueno, bueno—murmura el servicial—si ocurre una catástrofe que no me echen á mí la culpa.

Continúa su interrumpido paseo, y se encuentra á un chiquillo gimoteando.

—¿Qué te pasa, niño?—le pregunta con cariñosa solicitud.

—Que mi padre—contesta la criatura entre sollozos—me ha dado seis gazznatazos, salya la parte.

—¡Pobrecito! ¿Te ha hecho mucho daño?

## Viaje de vuelta.



ON Pantaleón tiene ochenta años efectivos; él se adjudica setenta y cuatro, puramente nominales, porque la partida de bautismo, con una crueldad invencible, afirma que en la iglesia de San Cayetano bautizaron el año de gracia de 1813 á un niño llamado Pantaleón García, precisamente el ochentón de ahora.

Vive el héroe de nuestro cuento, cargado de años, pero con legítimas ambiciones de aumentar todo lo que pueda la carga. Y lo que él dice:

—Los años pesan mucho, es verdad; pero no hay quien quiera cuando de ellos se trata, quitarse peso de encima.

El otro día leyó don Pantaleón una noticia. El fisiólogo Brown Séquard afirmó hace tiempo que, con inyecciones de cierta sustancia animal, los viejos pueden rejuvenecerse.

¡Tal que oyó don Pantaleón! Daba vueltas como una peonza... cuando se le concluye la cuerda. A un tiempo reía y lloraba, poseído de un placer inexplicable, inmenso.

—¡Si tenía que suceder!—dijo el viejo.— ¡Si me lo daba el corazón! La vida es un viaje, claro está, y con estos adelantos modernos, un viaje en tren expreso, con descarrilamientos frecuentes. Pero, ¿por qué ese viaje había de concluir en el túnel de la muerte? ¡Ah! Después de lo inventado por ese sabio, cuya vida guarde él mismo muchos años, el viaje es de ida y vuelta, ni más ni menos que los de esos *trenes botijo* que llevan á refrescarse en sitios diferentes á *touristas* de menor cuantía.

Y don Pantaleón daba brinquitos, de puro gusto. ¡Día feliz el que pasó el octogenario! aprendió de memoria la noticia, leyó los pormenores indispensables para practicar la *operación vital*, y cuando llegó la hora de dormirse, al entrar (con ayuda ajena) en aquella cama blanda que soportaba sus flaquezas, no sintió el frío habitual, sino cierto calorillo excitante, y ya entre sábanas, después de apagada la luz para conciliar el sueño, le pareció que la sombra se rasgaba y que entre resplandores misteriosos aparecían poblando el espacio mujeres de rostros celestiales, que miraban á don Pantaleón con ojos brillantados por el amor.

Don Pantaleón roncaba, y en tanto que su cuerpo tendido entregábase á las dul-

zuras del reposo, la imaginación corría á todo escape por los campos de la fantasía.

El viejo, recordando los experimentos del sabio, buscó la sustancia en cuestión, y se la inyectó.

¡Qué cambio tan grande y tan repentino notó después!

Don Pantaleón tenía la cara amojamada y rugosa, semejando la superficie del campo después de la siega, con las puntas de los tallos cortados casi al ras del suelo, de un suelo que abrasa el sol ardiente de Agosto.

La cabeza del viejo estaba lisa y brillante. Unos cuantos pelillos blancos eran como oasis en medio de un desierto de depilación. Su cuerpo, encorbado y empobrecido, rendíase á la pesadumbre del tiempo, y cada vez más inclinado, amagaba caerse como esas tapias abandonadas, en ruinas, que lentamente se cuartejan hasta que concluyen por desmoronarse completamente.

Pero, ¡qué transformación tan grande la del héroe de nuestro cuento cuando entre sueños comenzó á aplicarse las inyecciones vitales! A la primera, su cuerpo se puso un poco derecho; su cabeza empezó á cubrirse de pelos blancos, y notóse con cierta agilidad. A la tercera, ya parecía un viejo bien conservado. Cierta que aún blanqueaban sus cabellos; pero sin duda que no aparentaba más de los sesenta.

Siguió las inyecciones con entusiasmo frenético. Los blancos cabellos se quedaron grises, y la piel, estirada, tenía por debajo nuevas y abundantes carnes. Don Pantaleón, lleno de asombro, corría sin fatigarse: dentro del pecho percibía el fuego de la virilidad, traducida en arrogancias para con los hombres, en dulces simpatías é irresistibles atracciones para las mujeres.

¡Y Don Pantaleón no cejaba! Seguía funcionando la jeringuilla, seguía introduciéndose por sus venas, en forma tangible, vida, una vida poderosa, que se derramaba por todo su cuerpo, iluminando sus sentidos y fortaleciendo su naturaleza.

La metamorfosis llegó á su colmo. Don Pantaleón el viejo, el abatido, se transformó en un joven de negros y espesos cabellos, alta estatura, airoso, gallardo. Y al mismo tiempo que su materia cambió, su espíritu vióse también remozado. Alegrías y deseos inundaban su alma. El amor le impelía á cientos de aventuras; el amor le tiranizaba, y él sentíase orgulloso al considerarse un esclavo ciego del amor.

¡Con qué fruición recordaba la anterior vejez! Estaba en viaje de vuelta. Abandonó los páramos de la decrepitud, y otra vez sentíase en el paraíso de la mocedad, con la eterna primavera de las pasiones

extasiando su atención, sintiendo caer desde lo alto replandores del sol de la vida, que parecían infundirle alientos regeneradores.

Pasó tiempo, y aunque Pantaleón (ya no necesitaba *done*s de nadie) cesó de inyectarse el líquido vital, la naturaleza avanzaba, sin duda obedeciendo á ese fenómeno físico de la velocidad adquirida.

Fué perdiendo vigores de la edad adulta, la reflexión y el juicio de los treinta años, y notó que se apoderaba de su sér la informalidad. ¡El viaje de vuelta iba tomando mal cariz! Pantaleón se convirtió en Pantaleoncito, y su cuerpo amenguaba, desaparecían ciertas risueñas sensaciones y el hombre robusto trocábase en un mozo primero y en un niño después.

—¡Diablo! decía el ex viejo. Vuelvo á notar lo mismo que cuando era ochentón ¡Y cómo se parecen los viejos y los niños! ¡Ah, esto no me conviene! De ninguna manera. ¡Pues estamos aviados! Ahora no levanto tres pies del suelo, nadie me hace caso, soy un ente especial, un chico, y hasta me dan ganas de echar un marro con mis compañeros. Yo no deseaba esto. Yo quería detenerme perpetuamente en la estación de los treinta años, y esas pícaras inyecciones me obligan recorrer toda la línea.

¡Y de nuevo don Pantaleón, convertido en Pantaleoncito, echaba de menos los goces propios de Pantaleón á secas!

Hubo un momento en que nuestro héroe se vino al suelo, quiso pedir auxilio, y no pudo hablar. Un llanto entrecortado y ruidoso substituyó al lenguaje con que antes se expresaba.

—¡Se había convertido en un niño de un año!...

En la casa del viejo don Pantaleón había una criada, fresca moza, de abultadas formas, nacida en delicioso paraje gallego.

Esta criada cuidaba del abuelito. La mañana siguiente á la que el ochentón se acostó pensando en las famosas inyecciones, notó que su señor tardaba mucho en despertarse.

Inquieta por esta tardanza entró en la alcoba, de la cual, á poco, salía dando voces y gritos.

—¿Qué te pasa?—le dijeron.—¿Por qué tan sofocada?

—Porque entréme á llamar al señor y me ha dicho una cosa que no aguanto.

—¿Qué te ha dicho?

Y la criada, remedando el balbucear de los niños, esclamó:

—¡Quiedo teta!

J. Frances Rodríguez.

NUEVA INVENCION (S. G. D. G.)



1.—Los reclamos eran realmente tentadores.



2.—Por lo que la gente acudia incesantemente.



3.—Había verdadera ansiedad por conocer al nuevo aeronauta.



4.—Que por fin se dió á luz. Era una arrogante figura.



5.—Se metió en el cesto sin estar el globo hinchado. (Gran expectación).



6.—Y empezó á soplar (La expectación va en aumento.)



7.—Y siguió soplando. (El asombro del público llega á lo inverosímil.)



8.—Encendió tranquilamente su pipa, y calentando el aire se elevó.



9.—Y el asombro y el entusiasmo del público ya no tuvo límites.

A BOCA DE JARRO



—No sé cómo decirselo á usted, pero en fin, yo me explicaré. Yo soy viudo, sabe usted, y mi mayor deseo es que usted me concediera el honor de poder enviudar nuevamente. Eso es.

## Los amores de una peseta

(HISTORIA SIMBÓLICA)

«Casi todas las cosas de este mundo pueden ser llamadas avellanas vacías: el núcleo es raro por sí mismo y aún más rara vez está dentro de la cáscara.»

SCHOPENHAUER.

I

SÉ que váis á lanzar una irónica carcajada cuando os diga que he sentido un amor grande é inextinguible... ¡Una peseta tener amores!—murmuráis—¡oh, incrédulos, hijos de la nada! Y es que no podéis sorprender nunca otro amor que el vuestro sin tener en cuenta que todo lo existente obedece á un gran principio de atracción simpática. Y conste que no digo esto por justificar mis amoríos.

Pura, sin saber nada de nada, y en los albores de mi juventud, conocí á un simpático duro, á quien la casualidad colocó á tres milímetros de distancia en la misma mesita de noche en que fuí depositada por mi dueño, un Fulanito de Tal, empleado, que á la sazón disfrutaba, en compañía de una jovencuela enclenque y paliducha, el primer cuarto de luz, besos é ilusiones de la luna de miel.

Al principio, miré al duro desconocido con todo el rubor que pudo prestarme mi inocencia. ¿Por qué negarlo? Le encontré hermoso, y al verle tan varonil y garrido, sentí por él gran simpatía. Debí notar, porque se acercó á mí. Nuestros cantos se juntaron produciendo una debilísima nota metálica, un. «¡Yo te amo!» dicho por él con toda la pulcritud de un rendido caballero. Creí sincera la confesión, y balbuceé:—«¿Es cierto?» ¡Ojalá nunca hubiera hecho la pregunta!

El duro, ¡grandísimo pillo! quedóse un momento silencioso, y tornando á juntar su canto con el mío, me dijo con su voz tintineante de plata:

—Sí. Tú has despertado en mis relucientes entrañas no sé qué emociones y ansias que nunca he sentido. Bogo por el mar de la vida desde hace dos años: conozco el mundo y me he encontrado con muchas pesetas, pero ninguna ¡te lo juro! me ha atraído como tú: las demás me han parecido, ó muy viejas ó muy coquetas. Amén de esto (y no es grano de anís lo que voy á manifestarte), los hombres, mis maestros, me han hecho ser escéptico en materias en que oficia Cupido... Amor, ¿sabes tú cómo lo entienden?... A su antojo, sin ley ni cosa que lo valga. Realmente, el amor sin mácula y desinteresado, viene á ser letra muerta para la mayoría, que tilda de romántico al que se ena-

mora. De las mujeres, ¿á qué contarte sus falsías y perjurios?... Perdona, ¡oh, peseta! si por un momento dudé de que entre vuestra tribu hubiera una tan sólo capaz de comprender la pasión inextinguible que duerme en mi corazón... Tú, sin duda, eres la elegida de éste, por cuanto me aconseja que te esponga mi anhelo. ¿Me amas? ¡Di!

Quedéme perpleja, cuasi extática. ¡Aún resonaban en mis oídos las frases de mi amador, cuando me atreví á murmurar un «sí» tímido, pero sincero... ¡Ah, no agregué la consabida coletilla de: «Si viene usted con buen fin».—¡Bendita seas!—creo que balbuceó mi amante, porque su frase se perdió con el eco de otras varias. Procedían de nuestros dueños, y era su charla como la nuestra, versaba sobre el añejo tema, repetido millones de veces por cada generación: el amor... El idilio mortal vino á confundirse con el nuestro metálico; en ambos hubo promesas y juramentos, suspiros de dicha y miradas lánguidas. El idilio tuvo un paréntesis que nos aterró... Nuestro amo entró en la alcoba. Al oscilante resplandor de la palmatoria, pude notar en su rostro no sé qué de inefable alegría. Miré á mi novio é igual expresión... pero, de súbito, cambió ésta. El empleado avanzaba hacia nuestros reales. Abrió el cajón de la mesita, y yo, que me hallaba casi al borde del tablero de ésta, columbré un precipicio lleno de sombras, é *in mente* pensé que tal vez el tirano de mi señor me arrojase á aquél y finalizase aquí el dúo amoroso que me había puesto borracha de felicidad... Efectivamente, una mano me hizo caer al fondo del cajoncito... ¡Adiós, amores de una hora! ¡Adiós, tú, duro amante, á quien el capricho de un mortal te priva del cariño puro y desinteresado que yo podía ofrecerte!—exclamé aterrorizada, llena de susto, al chocar mi persona de plata contra el fondo de madera del abismo... sin duda con dolieron los dioses de mi infortunio, porque áseguida repercutió en los ámbitos de mi carcel un ruido atronante que me hizo temblar: «él» acababa de ser sepultado junto á mí... Después, á medio cerrar el cajoncito, pudimos ver rápidamente á la luz de la palmatoria, muerta de un soplo, los cachivaches que adornaban nuestro sombrío domicilio: un montón de nieve, mejor dicho, una pella de algodón en rama apoyábase en una de las laterales: haciendo *pendant*, un paquete azul con tres bujías, y en medio de la estancia, un tubo de cartón con una etiqueta en la que se leía: «Papel Fayard»; más lejos, un frasco del

que se desprendía un mareante olor á alcanfor, y junto á nosotros, una caja de cerillas bautizadas de inglesas.....  
.....Me juró amor sin límites... Yo le creí y... ¡echad la culpa al alcanfor que trastornaba mi cabeza!... celebramos nupcias á la fosforescente claridad que se escapaba, en rachas bamboleantes, de la caja de cerillas... ¡La única noche de loca felicidad que he pasado en mi azarosa y rodada existencia!...

II

En una hora de arrepentimiento ha exclamado Espronceda, ese gran poeta Cyroniano:

Todo es mentira lo que el mundo encierra.

¡Ah, sí; todo es mentira!... Hoy, que ya ha transcurrido mucho tiempo, muchísimo, no sé cuánto, porque las alegrías y tristezas no tienen reloj que marque sus horas, comprendo que todo es mentira. Amor, ilusiones, gloria, todo, menos el dolor, que es la negación de la felicidad... No os extrañe que sienta tales escepticismos. ¡Lloro la ingratitud de mi amante!.. Es cierto que nos desunió el destino, que no en balde nació duro él y yo peseta, y cada cual tenía que representar su farsa; pero, antes, ¡ay! que tal desgracia nos acaeciese, hube de indicarle mis temores de que al separarnos se extinguiera en él la ardorosa pasión, sustituyéndola por otra... ¡Así como así no circulan por el mundo pesetas, majas de veras y acabaditas de salir del cuño!... Al manifestarle estos escrúpulos míos, púsose furioso, y con voz de despecho, mal refrenado, me replicó:

—¿Crees tu que yo soy capaz de cometer tales felonías?... ¿No tienes confianza en lo porvenir?... ¡Qué, ¿tanto será nuestro infortunio, que el viaje que puedan hacernos emprender los humanos será *in æternum*. Desecha tus necias aprensiones, que mortifican mi dignidad de peso fuerte. ¡Yo te juro que tu memoria será para mí perdurable, y que si algún día nos encontramos, que si nos encontraremos, bien en la esportilla de una caja de valores ó en el bolsillo de algún ciudadano, reanudando nuestras relaciones, procuraremos ocultarnos para siempre en algún rincón ignorado del hombre, rincón que transformaremos en un paraíso... Hoy no lo hago porque soy muy joven y ansío conocer más mundo.

—¿Y si me olvidas?—objeté conmovida por los propósitos de mi dueño bien amado.

—Entonces—dijo gravemente—que me liquide en un incendio, que me pierda en el mar, que los mortales corroan mi busto con el agua fuerte ó metamorfoseen mi personalidad en vaso ó en puño de bastón...—Al oír esto ¿qué peseta honrada no suspira y toma por palabras bíblicas las del que tal dice y parece sentir?...

III

Los seres más ruines son los encargados siempre de propalar las noticias desagradables. Al cabo de dos años de mortal ausencia, una vil moneda de cobre, una «perra chica», como quien dice, hubo de contarme que mi primer novio, aquel duro tan querido, era un don Juan entre los de la clase — ¡Mientes! — rugí tiutineante de ira. ¡Tanto cuesta creer en la falsía del que se ama! — ¡El duro á que te refieres será otro del que difamas!

—No miento. Bah, así como así un duro no quiere formalmente a una peseta, que al fin vale cuatro veces menos que él. Pusiste tus miras muy en alto... ¡Si te hubieras conformado con medio duro!

—Pero, ¿supones tú que para amar se tiene en cuenta el valor positivo de lo que se ama?

—Tal vez, pero demos eso de barato. Tú ex novio, ¿no pertenece al año de 1884?

—Sí.

—¿Y no tiene á un lado del escudo una X grabada por algún mortal caprichoso?

—¡Sí!... El es, sollocé, tremula de pena.

—Pues, hija, cuéntate con los difuntos; en los cajones de la tiendas, en los bolsillos, en todas partes, es un escándalo su comportamiento. No respeta nada. Desde la clase superior de señoras de cinco duros, hasta las de peseta, y desde éstas á nosotras, á todas requiebra con harta imprudencia, y de ti ¡gran bola! se rie que es un gusto, y hace escarnio de tus amores. En una de sus orgías hizo de ti un retrato, que ahora juzgo fué exactísimo... Aun cuando te sirva de gran duelo, me he atrevido á relatarte su crapulosa existencia, para que, desengañada de él, no malogres tu juventud... Tienes dos años; aún estás muy aceptable, y malo será que no encuentres un joven de plata que te ofrezca su cariño... ¡Ah, no cometas le necedad de



La figura interesante el diestro pincel encaja, que un buen artista, trabaja con el modelo delante.

enamorate de otro duro. Es un consejo leal de amiga.

Callé. Hay sentimientos tan hondos, que nacen y mueren dentro del organismo, y no se traslucen, pero aniquilan éste. Tuve ideas lúgubres, malas, pedí á los dioses me deparasen el bolsillo maltrecho y peor cosido de algún mortal, para yo escurrirme traicionera por las entretelas, caer al suelo, y que algún camión ó carro malo me aplastase. Un suicidio en todo reg.a, pero ¡ay! di en manos de un bebé crecido, que adoptó conmigo la gracia de hacerme bailar sobre el tapete de una vetusta camilla, ante las respetables barbas de su señor papá, que reía. ¡Habrás visto bellaco! ¡Qué habilidosa manía la del rapazuelo! Ustedes supondrán

cuál sería mi estado de ánimo al verme ¡irrisoria suerte! bailando con el corazón lleno de amargura.. Después, el niño, me enterró en una alcancía. Allí, por espacio de un año, tres días y dos horas, minuto por minuto, he llorado la pérdida de mis ilusiones...

IV

Es innegable que un fuerte desengaño «pasional» trae aparejado el escepticismo, y que en el primer pronto se anhela el desquite. De ahí que demos oído, sin entusiasmo, pero con manifiesta complacencia, al primero que nos dice: «Buenos ojos tienes». Luego se siente un cruel hastío, y á medida que transcurre el tiempo, agrandamos las páginas del primero y único libro amoroso escrito en colaboración con pluma de oro y tinta de rosa: en estos achaques acontece como si en un lago tranquilo arrojáseis una piedra: al pronto riza la superficie un círculo diminuto, y luego de éste parten otros concén-

tricos, que la recorren en totalidad. Suponed que el desengaño es la piedra caída en el corazón: al horadar éste produce una herida que ensancha, ensancha, aun cuando, inútilmente, queramos atajar su progresión con el bálsamo de un escéptico olvido... En la lucha, he fingido amores á un doblón, que en realidad me manifestaba un respetuoso y acendrado cariño. Le he engañado. Bien, ¿y qué? Hogaño ejecuto la misma farsa que antaño ejecutaron conmigo. Creo que pasa lo propio entre los hijos de Adán... Y yo no soy santa ni mucho menos.....

Hoy, al cabo de dos años, le he vuelto á ver... Me encontraba junto á una copa de cristal en la vitrina de una platería, sita en los soportales de la calle Mayor. A mi lado veíase un reluciente realito de plata... Me requirió de amores así de buenas á primeras. Yo no me mostré esquíva, y comenzamos nuestra plática, acompañados por el martilleo que sobre un aro de platino daba el amo de la tienda. En lo mejor del discurso nos hallábamos cuando vimos entrar en la platería á una fornida matrona, aparatosamente ataviada, y que se conocía á

la legua era carnícera, empeñista ó cosa así... Después de los saludos de rúbrica, dijo al platero, que había hecho punto á su tarea:

—«Maestro, aquí le traigo un duro de mérito, á ver, si me hace usted con él un alfiler para el pecho... Y mostró el duro. «¡El!» exclamé temblando. Quise añadir ¡infame!, pero no pude, mis bríos se estrellaron ante la emoción que su vista despertó en mi alma... El platero cogió á mi ex amante, y después de mirarle á placer y golpearle, le bautizó con el agua fuerte, confirmando en la piedra de toque: «¡Es bueno!»—dijo por último el platero.— «Bueno él—mascullé, indignada,—un gran canalla sí que sí... Fué colocado en una copa inmediata á la mía. En ella dormía plácidamente una pieza de cobre de las de á cuartillo. El perjuró hizo el desentendido; sin duda esperaba las tinieblas de la noche para hablarme y ocultar el sonrojo que su alevosía le ocasionaba... Yo, mientras, redoblé mis mimorrerías coqueteando sin pudor, lo confieso, con mi último galán el realito, el cual estaba radiante de orgullo. ¡Infeliz, no veía que mi juego era un arma, y él un instrumento de mi venganza!

V

Es ya pasada la media noche, empieza á clarear el día, y á su difusa claridad, los cuerpos recobran sus formas y colores, abriéndose el tono de los metales. Penetra ya un rayo de sol en el portalucho, y al poco rato oímos el chirrido de la puer-



—Mire usted que perseguirme la policía. ¡Y si no fuera por nosotros tendrían que suprimirlos y se morirían de hambre!

ta de entrada al abrirse. El chico de la platería se ofrece á nuestra vista. Dirige una mirada somnolienta en su derredor, y parece convencido de que:

Todo está igual,  
lo mismo lo dejé,

que dicen en cierta popular zarzuela. Pero, fijándose un poco más, cambia la expresión de su rostro y quedase estúpidamente fijo sobre la vitrina. Se restrega los párpados, y se pregunta asustadizo tembloroso: «¿Quién habrá andado aquí?» al ver en tierra las copas donde nos dejó encerrados, y al duro y su compañera ocultos detrás de un soplete, y al realito y á mi casi al borde del escaparate... ¡Ah, hortera necio, jamás puedes suponer que nosotros, los hijos del dinero, hemos sostenido esta noche una batalla campal, y que los móviles de tan beligerante término han sido... celos rabiosos de mi despechado ex novio, puntillo de honor de mi pretendiente y desdén por lo que á mí toca. La pieza de cobre ha llorado una ventura, que supuso gozar, la de ser amada, aunque sólo hubiera sido por contados momentos, del falso caballero de los veinte reales.

¡Pobre duro! Al fin has podido convencerte de que también se expían en el amor los actos canallescos que con él se ejecutaban... ¡Ya no eres tal duro! .. eres un esclavo, macado, convertido en alfiler... Ya no podrás ser correspondido en amores. Tu



—¡Qué bien decía el cura de mi pueblo: ¡saca cuartos y tentaciones, na mas que tentaciones!

personalidad, vilipendiada, ostenta lágrimas de estaño... ¡Son las únicas que mereces...

\* \*

Cierro mi historia. Preveo que mi cronista me dará pasaporte de un momento á otro, porque... ¿qué peseta pudo vanagloriarse de pasar la noche en compañía de un fulano que mantiene la lucha por la existencia á punto de pluma?...

Alejandro Larrubiera.

## Cantares

Una traición me ha jugado  
el ser á quien quise más;  
en las víboras hubiera  
más sentimiento y piedad.

\* \*

Mi corazón está muerto  
y yo lo llevo á la fosa,  
y á falta de quien suspire  
mis propios ojos lo lloran.

\* \*

El corazón me arranqué  
para poderse lo dar,  
y ella, viendo el sacrificio,  
le tiró con un puñal.

\* \*

Hienas y lobos hambrientos  
se echen á su corazón,  
y aullando lo despedacen  
y pueda mirarlo yo.

\* \*

Del mar me siento á la orilla  
y lloro sobre el cristal,  
y al caer mi llanto miro  
gotas de sangre saltar.

\* \*

Ante su imagen divina  
me postré en adoración,  
y al comenzar «yo te adoro»  
el alma me traspasó.

Salvador Rueda.

# Gacetas Teatrales

Que el Sr. Pons pide las gacetas de teatro? Pero, señor, ¿y cómo hago las gacetas? ¡Si no ha ocurrido nada de notable hasta la fecha! ¡Ah, qué incautamente me burlaba yo de los críticos *hondos* el otro día! Precisamente la hondura podía salvarme en estas circunstancias, pues con emborronar unas cuantas cuartillas con párrafos enmarañados y ampulosos, negocio concluido. Pero por la boca muere el gacetillero; justo castigo á mi sinceridad.

Y ya que no puede valerme la bula de la transcendencia, que salva á muchos majaderos, á mi costumbre me atenderé, y diré lo que se me ocurra, lisa y llanamente sin ponerles flecos y borlitas á las palabras, siguiendo el ejemplo de Pepet, el de *La loca de la casa*.

Empiezo diciendo que el teatro español, hablando en general, no ha rendido á Zorrilla el respetuoso homenaje á que era acreedor el muerto inmortal. (Así es como hemos convenido en llamar al gran poeta varios chicos de la prensa).

Dos coliseos únicamente: el clásico (sigue la moda de frases hechas) y el de la Comedia, han rendido el homenaje natural al ilustre autor de *Don Juan Tenorio*. Sólo Vico y Mario han cumplido con su deber. En los demás teatros, eso de la muerte de Zorrilla no ha producido el menor efecto.

Pero, gacetillero de Dios, ¿qué quería usted que hicieran esos otros teatros? me preguntarán algunos. ¿Que leyeran poesías en los intermedios?

—Nada de eso. Los cantos alusivos siempre hacen daño.

—¿Que representaran apropósitos?

—Nada de despropósitos.

—Pues entonces...

—Es muy sencillo. El día del fallecimiento de Zorrilla ó el día de su entierro, todos, absolutamente todos los teatros de Madrid debieron dedicarse á Zorrilla. Los coliseos en los cuales, por el género á que se entre-

gan, no hubiera sido posible representar ninguna obra del poeta muerto, con cerrar sus puertas durante veinticuatro horas habrían demostrado el debido respeto. ¡Una noche sólo para Zorrilla! ¡Una noche sin tangos ni coplas!

Pero esto no se hizo. Como tampoco se hará la «Exposición teatral» de las obras de Zorrilla. Recuerdo que al morir Bretón de los Herreros, Catalina dispuso la representación consecutiva de sus obras. Pero ¡ay! estos tributos artísticos ahora serían imposibles, á menos que esas representaciones de los dramas de D. José no fueran gratis.

Por aquí todos se han conmovido mucho con la muerte del ilustre vate, pero nadie sacrifica ni un céntimo por las obras del genio. Cuando pasaba el entierro de Zorrilla por la Puerta del Sol, los chicos vendían á real ejemplares de *Mi última brega*, y de *Murcia al Cielo*, libros que cuestan en las librerías á peseta.

Y es que muchos se admiran de los genios, como se admiran de ver subir los globos, sin enterarse bien de las causas que producen las *ascensiones*.

En Eslava volvió á ver *juerga* con motivo del estreno de un juguete titulado *Merlín*. Aquello era malo, bien lo sabe Dios, pero ¡cuidado que el público estuvo terrible! El estruendo fué morrocotudo, como siempre. Los estrenos en determinados teatros, van adquiriendo el aspecto peculiar de las corridas de toros. El autor es el *bicho*, los diestros son los cómicos (este símil casi siempre es exacto); el público vocea desde las butacas, y los *alabarderos* están á los quites, casi siempre con inoportunidad, como los novilleros. Y para que la comparación sea exacta, día llegará en que se tiren naranjas al escenario y se pida que echen al corral las obras que no den juego. La musa dramática está vengada. Bien se castigaron los desafueros que produjo al arte

el género que se cultiva en algunos templos de Talía. En plata: que el público se ha propuesto hacer cuartos los teatros de horas.

Por cierto que *de horas* es también el teatro de Lara, pero con él no rezan ciertas generalidades. Allí, en el teatro de Lara, el arte es modesto, pero es arte. La otra noche estrenaron una comedia que tiene por título éste: *La partida... serrana*. No es una obra de esas que escriben Ramó: Carrión y Vital Aza, llenas de ingeniosidades y de experiencia escénica, con las cuales se regocija el que presume de más melancólico. Se trata de un juguete aceptable, por eso agradó, y además, porque le representaron bien.

Cuando este número llegue á manos de sus lectores—estilo de *reporter*—se habrá estrenado la nueva obra de Pérez Galdós, *Gerona*.

O mucho me equivoqué ó el drama del insigne escritor habrá gustado de veras. Pero no adelanto juicios, por si acaso. Nadie las mueva que estar no pueda con el público á prueba.

Galdós se lanza con toda la fuerza de su talento al teatro, y nos resulta fecundo, como Echegaray. ¡Qué rabia para nosotros autores en ciernes! .. Porque yo también tengo mi drama. Vaya si le tengo; quién no guarda en el cajón de su mesa una obra dramática. Pero yo soy bonachón de mío y gozo con las glorias ajenas. Se entiende, por supuesto, con las glorias legítimas, con las que se conquistan en franca lid, con las que...

Pero, señor, todo esto á qué viene ni qué les importa á ustedes. Se pone uno á escribir y no sabe hasta dónde llega. El hombre con la pluma en la mano es una bala perdida.

Juan Palomo.

## EPIGRAMAS

Bien fundada, en mi opinión,  
ya en Madrid, caro Lupercio,  
hay Cámara de Comercio,  
Industria y Navegación.  
—¿De navegación? ¡Respiro!  
Ya no sufrirán reveses  
los sagrados intereses  
de las lanchas del Retiro.

El hombre que roba, di,  
¿no es ladrón? me preguntó  
Calixto, y le dije:—Aquí  
el que roba... poco, sí;  
el que roba mucho, no.

Liborio Porset.



«De casta le viene al galgo el ser rabi-  
largo.»

¡Las 25 pesetas, que hacen falta!

S. L. M.

Como ofrecimos, ahí queda el jeroglífico  
hasta que lo descifren.

Que ya habrá llovido.

\* \* \*

Y ahora, como para desengrasar, ahí va  
otro que es fácil, al alcance de todas las  
inteligencias.

¿A que aciertan ustedes éste antes que  
el otro?

En la semana próxima lo veremos.

## 25, 50, 75 Y 100 PESETAS

de regalo en todos los números de

### LA CARICATURA

al lector que PRIMERO envíe la solución  
exacta del entretenimiento que se señale.

Suscripción gratuita a «La Caricatura»

para los cinco lectores que, por riguroso  
turno, envíen la solución después del pri-  
mero.

**Núm. 17:** han correspondido los pre-  
mios a los señores siguientes:

Premio de 50 pesetas.

D. SENÉN FERNÁNDEZ REINARES  
Princesa, 14, principal, Madrid.

**segundos premios**

DE UN AÑO DE SUSCRIPCIÓN A LA CARICATURA

D. SANTIAGO ARNÁIZ  
San Bernardo, 69, Madrid.

D. LUIS BELLO  
Paz, 6, principal, id.

D. CASIMIRO PEDRO ZORRILLA  
Infantas, 26, 3.º, id.

D. F. PÉREZ Y CAPO  
Peninsular, 11, 3.º, id.

D. A. SOLSONA  
Conde Duque, 17, principal, id.

**Núm. 18:**

Premio de 50 pesetas.

D. JOSÉ MORENO RODRÍGUEZ  
Duque de Alba, 16, 3.º, Madrid.

### segundos premios

DE UN AÑO DE SUSCRIPCIÓN A LA CARICATURA

D. F. PÉREZ Y CAPO,  
Peninsular, 11, 3.º, Madrid.  
(Desiertos cuatro premios.)

**Núm. 19:**

Premio de 50 pesetas.

D. ESTEBAN MARÍN  
Trafalgar, 5, cuarto, derecha. Madrid.

**segundos premios**

DE UN AÑO DE SUSCRIPCIÓN A LA CARICATURA

D. MANUEL BELLO  
Estudios, 5 y 7, tercero, izq.ª Madrid.

D. FRANCISCO ACED  
Carretas, 41, id.

D. FÉLIX MUGURUZA

Bilbao.

(Dos premios desiertos.)

**Números 20, 21, 22 y 23:** que-  
daron desiertos los premios.

**Núm. 24:**

Premio de 50 pesetas.

D. JOSÉ MARÍA NAVARRO  
Fuenclara, 4, 3.º, Zaragoza.

(Cinco premios desiertos.)

**Núm. 25:**

Premio de 25 pesetas.

D. FRANCISCO DE LANUZA  
Pelayo, 63, 4.º, derecha, Madrid.

**segundos premios**

DE MEDIO AÑO DE SUSCRIPCIÓN A LA CARICATURA

D. MODESTO GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ  
Gravina, 14, principal, Madrid.

D. JOSÉ GONZÁLEZ DANIEL  
Paseo de Areneros, 3, hotel, Madrid.

D. JUAN MORENO SUÁREZ  
Industria, 3, principal, izq.ª, Sevilla.

D. JOSÉ ALONSO  
Pórticos de Xifré, 8, Barcelona.

D. JOSÉ PALANCA  
Espíritu Santo, 51, primero, Madrid.

PREMIO SUPLEMENTARIO DE DOBLE CONSOLACIÓN

D. CARMELO GAY  
San Gil, 21, duplicado, 2.º, Valencia.

**Núm. 26:**

Premio de 50 pesetas.

DOÑA FLORENTINA PADRÓ  
Provenza, 85.—Gracia. Barcelona.

**segundos premios**

DE UN AÑO DE SUSCRIPCIÓN A LA CARICATURA

D. PASCUAL MONTAGUT  
Oficinas del ayuntamiento, Valencia.

D. ANTONIO DE MOTTA  
Corredera Baja de San Pablo, 57, Madrid.

D. JOSÉ SEMPERE MIRÓ  
Borrull, 33, entresuelo, Valencia.  
(Dos premios desiertos.)

**Núm. 27:**

Premio de 25 pesetas.

DOÑA MERCEDES MARTÍNEZ  
San Joaquín, 2, 3.º, Madrid.

**segundos premios**

DE MEDIO AÑO DE SUSCRIPCIÓN A LA CARICATURA

D. JOSÉ M. DE LAS BARRERAS  
Arenal, 20, Madrid.

D. MANUEL ESTRADA  
Comandancia de Ingenieros.—Arsenal.  
Cartagena.

D. CRUZ MUÑOZ  
Elcano, 1, San Sebastián.

D. JOAQUÍN ARGEDAS Y MATEU  
Caballero de Gracia, 29, pral., Madrid.

D. JOSÉ PARDO GIL  
Atocha, 120, pral., Madrid.

## IMPORTANTE

Para mayor comodidad del público he-  
mos establecido dos centros de suscripción  
en los establecimientos de objetos de es-  
critorio de D. Policarpo Sanz Calleja,

**Montera, 31, y Príncipe, 25.**

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Reservados los derechos de propie-  
dad artística y literaria.

Todos los grabados de este número, han  
sido hechos en los talleres de fotograbado  
de L. R. y C.ª, San Bernardo, 69, Madrid.



¡Caramba!  
El mejor café  
no es el de La España?  
Diga usted que sí, etc.  
Santa Engracia, 94.

## ANGEL PONS

Historietas.

300 DIBUJOS

3,50 PESETAS

Notas alegres.

300 DIBUJOS

3,50 PESETAS

MANUEL FERNÁNDEZ LASANTA, EDITOR.—RAMALES, 6.—MADRID

IMPRESIÓN

DE

Enrique F. de Rojas

PLAZA DE LOS MOSTENSES, 12

ESQUINA A LA CALLE DE LAS BEATAS

IMPRESIONES

DE

TODAS CLASES

ESMERO EN LOS TRABAJOS

QUE SE EJECUTAN EN ESTA CASA

MADRID



# LA CARICATURA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Se publica los domingos.

—> 16 PAGINAS, 15 CENTIMOS <—

ADMINISTRACIÓN, LOPE DE VEGA, 34, 36 Y 38, PRINCIPAL

## PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid y provincias: Semestre, 4 pesetas; año, 7 pesetas.

Ultramar y extranjero: Año, 10 francos.

En Madrid y provincias no se admiten suscripciones por menos de un semestre, y en Ultramar y extranjero por menos de un año.

El pago es adelantado.

## VENTA

Número suelto, **15 céntimos**.—Id. atrasado, **30 céntimos**. Corresponsales y vendedores, **10 céntimos** número.

Toda la correspondencia á nombre del Administrador, D. RA MÓN MILLET.

LA CARICATURA ha conseguido en muy poco tiempo colocarse al nivel de las mejores publicaciones del extranjero. Y como obras son amores y no buenas razones, ahí van las firmas con que hasta ahora se han honrado las columnas de LA CARICATURA:

Alas, Leopoldo (*Clarín*).  
 Abate Pirracas.  
 Benlliure, J.  
 Blanco, Ramiro.  
 Bofill, Pedro.  
 Burgos, Javier.  
 Campoamor, Ramón de (de la Real Academia Española.)  
 Castelar, Emilio (de la Real Academia Española.)  
 Cavia, Mariano de.  
 Delgado, Sinesio.  
 Dicenta, Joaquín.  
 Enseñat, Juan B.  
 Ernesto.  
 Esbrí, José María.  
 Estrañá, José.  
 Estremera, José.  
 Flores García, F.  
 Francos Rodríguez, J.

En todos los números

Sección amena y productiva

con regalos de 25, 50, 75 y 100 pesetas, á todos sus lectores.

16 PAGINAS. 15 CENTIMOS

# La Caricatura

AÑO.

MADRID 13 DE NOVIEMBRE DE 1892.

NÚM. 17.



LOS TEATROS POR HORAS

—El programa, y ustedes perdonen! guíados por He esas jóvenes que se contentan con una revista garcero pasapal

Larrubiera, Alejandro.  
 Laserna, José.  
 Lustonó, Eduardo.  
 Luque, J.  
 Matóses, Manuel.  
 Méndez.  
 Ortega Munilla, José.  
 Ossorio Gallardo, C.  
 Palacio, Eduardo de.  
 Palacio, Manuel del (de la Real Academia Española.)  
 Palomo, Juan.  
 Pando.  
 Pardo Bazán, Emilia.  
 París, Luis.  
 Paso, Manuel.  
 Pérez y, González, Felipe.  
 Pons, Angel.  
 Porset, Liborio.  
 Rojas, Pedro de.  
 Royo Villanova, Luis.  
 Rovira, Prudencio.  
 Rueda, Salvador.  
 Sánchez Pérez, A.  
 Serrano de la Pedrosa, F.  
 Soriano, Manuel.  
 Taboada, Luis.  
 Urrecha, Federico.  
 Valdés, L., y otros.

## LA CARICATURA

es el periódico cómico mejor y más barato de cuantos se publican en España.

Los anuncios para LA CARICATURA se reciben en la empresa anunciadora Los Tiroleses, Barrionuevo, números 7 y 9, entresuelo.—Teléfono 331.